

El Periódico ilustrado.



Número 40.

DEL 17 AL 24 DE DICIEMBRE DE 1865.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.º

SUMARIO.—Julio Janin.—Revista de la semana, por Palacio.—Mis seis mil reales, por Zulueta.—Venecia.—Marina.—Vernon.—Causa de los fenianos.

LÁMINAS: Vernon.—Julio Janin.—Venecia.—Causa de los fenianos.



EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscripcion.

Madrid. . .	Un año 24 rs.—Seis meses 12 rs.	} UN NÚMERO 4 cuartos en MADRID. 5 cuartos en PROVINCIAS.
Provincias. Un año 28 »	—Seis meses 14 »	
Ultramar. . .	Un año 80 » —Seis meses 50 »	

JULIO JANIN.

Los que asisten á las primeras representaciones no dejan de ver siempre, sentado en un divan, en el foyer ó en un corredor del teatro donde se estrena la obra, un hombre de complexion robusta, con levita negra y gran chaleco blanco, invariablemente provisto de un baston con puño de oro, en el cual se apoya, aun estando sentado, y rodeado siempre de gente que le escucha con placer. Tiene el aire franco y jovial, la tez blanca, los cabellos abundantes, la voz simpática, la boca risueña, fresca y llena de gracia, y los ojos negros, un poco pequeños, pero llenos de inteligencia y brillantes de inspiracion: este hombre es Julio Janin, á quien sus compañeros han dado el sobrenombre de *Príncipe de los críticos*, glorioso titulo que ha consagrado la opinion general.

Julio Janin es, en efecto, una figura de las más originales de nuestra época; es el ideal del literato y del ingenio en la más lata y mejor acepcion de la palabra, y realiza completamente, en lo posible, y con toda la elevacion con que lo conciben *los hombres de bien*, el tipo del literato. Por otra parte nada deja que desear á los más exigentes; y nadie pone en duda la influencia y consideracion que ha sabido adquirirse en el mundo literario, debidas á la rara cualidad de estimar sobre todo en el mundo su noble profesion, y de no haber querido ser nunca otra cosa que un escritor aplaudido y estimado hasta por los más descontentadizos.

En la actualidad, este crítico fecundo y de una rara distincion, este autor de un encanto irresistible maneja la pluma con mano tan segura, tan ligera y tan atrevida como en los buenos tiempos de *El asno muerto*; y los editores ansian y mendigan los productos de ella como en la época de su juventud, cuando el autor de *Barnave* sacaba cosas tan bien concluidas de su famoso gorro de algodón.

Julio Janin nació en 1804, en Saint-Etienne, departamento del Loira, en ese

periodo feliz por siempre para el teatro, la novela y la poesia, en que vinieron al mundo Méry, Alejandro Dumas y Victor Hugo.

¡Es una cosa sorprendente y maravillosa la lozanía, la fuerza y la energia vitales de aquella gran raza! Esos hombres no envejecen jamás: cuando se les cree agobiados por el peso de los años, se les vuelve á ver



JULIO JANIN.

aparecer más llenos de vida, de imaginacion y de genio desplegar su vuelo en el campo de lo ideal y subir, subir más, subir siempre.

El padre de Julio Janin, distinguido abogado de provincia, envió á su hijo, en buen hora, al colegio de Lyon, donde tuvo por condiscipulo á Edgardo Quinet, el poeta, y al célebre doctor Trousseau; terminó sus estudios en París en el colegio de Luis el Grande, donde tuvo por compañero á uno de sus maestros, Mr. de Sainte-Beuve.

Desde los primeros ensayos de una verdadera vocacion, se vió apadrinado por ese periodista, ilustre entre todos, Mr. Bertin, mayor, que pertenecia á la redaccion de *Los Debates* en 1829. Su primer artículo fué uno político con motivo de una fiesta en el palacio real.

Desde este dia Julio Janin no ha faltado una sola vez á su tarea semanal; y á más de sus folletines, cosa ligera, ha escrito obras maestras, con el entusiasmo y el celo del escritor, ha reunido varios trozos sueltos en un libro de un valor incontestable, *La historia de la literatura dramática*.

En medio de la murmuracion, de la calumnia ó de la envidia, Julio Janin sigue recto su ánimo distribuyendo libre y francamente su censura ó su elogio, y dando todos los lunes á sus constantes lectores artículos que son modelos del arte de bien hablar.

Los más ilustres de sus contemporáneos le han apreciado y elogiado en sus obras, como Mr. de Sainte-Beuve, Mr. de Sacy, Mr. de Lamartine, Beranger y Victor Hugo.

Además de su colaboracion en *Los Debates*, Julio Janin redacta cada semana, en *La independencia belga*, la seccion de *Et cetera de ce temps-ci*, trozos llenos de un gusto delicioso y de una gracia infinita.

Las obras de Julio Janin, son bien conocidas para que tratemos de analizarlas aquí: sin embargo, no contento con haber escrito y producido tanto, Julio Janin ha publicado hace poco un nuevo libro, lleno de ciencia y buen estilo, ti-

tulado *La poesía y la elocuencia en Roma, en tiempo de los Césares*, libro clasificado en el primer rango por los sabios y los eruditos de nuestra época.

Si no es difícil hoy en día crearse una reputación, que desaparezca al poco tiempo con la brevedad con que se adquiere, para sostener, aumentar y extender por toda la Francia esa reputación por espacio de treinta y cinco años, sin decaer un solo día, y dándose á conocer una vez más cada semana, es necesario estar dotado, como Julio Janin, de esas cualidades excepcionales, que son el patrimonio de los hombres verdaderamente superiores.

REVISTA DE LA SEMANA.

La prensa de todos los países y de todos los colores ha consagrado, como el más notable de los acontecimientos últimamente ocurridos, la muerte del rey Leopoldo de Bélgica, cuyo cadáver, transportado á Bruselas desde el castillo de Laeken, ha sido sepultado con gran pompa, en medio de las lágrimas y las oraciones de la multitud.

El príncipe Leopoldo, que pertenecía á la rama de los Coburgos, vivía en Londres de una pensión que le señalara el gobierno británico, cuando fué llamado á ocupar el trono de Bélgica, en virtud de una votación del Congreso nacional de 4 de junio de 1831, en la cual tomaron parte 194 miembros; habiendo votado por este príncipe 152, 43 por la continuación de la regencia de M. Surlet de Chokier, llamado el buen regente; 40 contra el sistema de elección y absteniéndose 19 de votar.

Casado dos veces, el rey Leopoldo perdió su segunda mujer en octubre de 1850, y esta muerte dejó un gran vacío en la pequeña corte que se reunía en el castillo de Laeken.

Hará cosa de un año, el soberano de Bélgica visitó la Francia, viajando de incógnito con el título de conde de Dinant. Se alojaba en el Gran Hotel, y los transeúntes del boulevard se acuerdan todavía de un extranjero de hermosa presencia y de modales distinguidos, que todas las tardes tomaba un helado á la puerta del café Tortoni, dando un Luis de oro al mozo, sin aceptar jamás la vuelta. Este extranjero no era otro que el rey Leopoldo; el hombre quizás más alto de su reino, pues su estatura era de cinco pies y diez pulgadas, y también uno de los más instruidos, pues entre otros conocimientos, le era tan familiar el de los idiomas, que hablaba todas las lenguas de Europa.

Entre sus rasgos de ingenio, citaremos solamente dos, que revelan, al mismo tiempo que su discreción, lo excelente de su carácter y lo liberal de sus ideas.

Paseando un día por París se le ocurrió entrar en el café Helder, concurrido especialmente de militares. Estaban ocupadas todas las mesas; pero al ver una en que solo había un oficial, se acercó y le pidió permiso para sentarse á ella.

—Con mucho gusto, le contestó el interpelado, dejándole sitio.

Entonces, comprendiendo por el aspecto del rey, que sería un compañero de armas, añadió:

—¿Usted también pertenece al ejército?

—Si señor, respondió Leopoldo.

—¿Será Vd. oficial superior?

—Si señor, mi graduación es bastante elevada.

—Mi general, V. E. sabrá dispensar mi curiosidad, dijo respetuosamente el oficial, un tanto cortado de su familiaridad.

—General..... ¡mucho más! replicó el rey, tomando un sorbo de café.

El oficial entonces, creyéndose objeto de una broma, iba ya á pedir esplicaciones, cuando hé aquí que entra un personaje, saluda respetuosamente á su interlocutor, y habla con él en voz baja; y como en el discurso de la conversacion se pronunciase de una manera muy clara la palabra *sire*, y el rey advirtiese el efecto que había producido en su compañero de mesa, le dijo con la sonrisa en los labios.

—Ya sabe Vd. mi graduación; pero si quiere Vd. conocerme mejor, váyase por Bruselas y me hallará siempre dispuesto á beber una copa á la salud de la Francia, que amo tanto, y á la de su ejército, que admiro.

La otra aventura es mucho más sencilla, pero no por eso menos interesante.

El rey Leopoldo profesaba una particular afición á Nadar el fotógrafo, ó si quereis mejor, á Nadar el aereo-

nauta, ó si esto no os parece bien, á Nadar el literato; que todo esto y mucho más se encierra en aquella individualidad, una de las más brillantes y simpáticas que existen en el mundo del arte.

Un día, en la intimidad, y á propósito de política, el rey preguntó al fotógrafo qué opinión era la suya.

—Señor, respondió Nadar, yo soy republicano, y vuestra majestad ¿no lo es también?

—«Yo, dijo cordialmente Leopoldo, no lo soy porque me lo tienen prohibido.»

Tal era el hombre que hoy lloran sinceramente los partidarios del régimen constitucional, del cual pasa la Bélgica por uno de los mejores modelos.

Con la aproximación de la Pascua, Madrid ha vuelto á recobrar su animación y su alegría; no se piensa más que en pavos y turrones, y la noche del domingo promete ser fecunda en villancicos.

Los teatros nos han ofrecido algunas obras nuevas, y la literatura alguna que otra publicación apreciable; de todo esto nos ocuparemos, Dios mediante, en nuestra próxima revista, si es que una indigestión ó una pulmonía, que son en este tiempo las enfermedades más comunes, no acaban de quitarnos las pocas ganas de trabajar que heredamos de nuestros mayores, y transmitiremos acaso á nuestros descendientes.

M. DEL PALACIO.

TRISTEZAS DEL OTOÑO.

A mi querido amigo y distinguido pintor Sanchez Blanco.

Está la tarde al caer;
Brilla aun la luz fatigosa;
Está desierto el Retiro,
Y los árboles sin hojas.

Yo solitario me encuentro;
El ansia el alma destroza;
El corazón triste gime;
Y los ojos tristes lloran.

En el campo todo es luto;
Y en las tumbas, do reposan,
Las cenizas de las flores
Cubre el manto de las hojas.

En el alma donde han muerto
Entre nubes espantosas
Los encantos seductores
De las ilusiones todas,

En el alma todo es pena;
Y á llorar vengo en la sombra
Porque las sombras oculten
Lo que en las flores las hojas.

Cuando en mayo luego luzcan
Primaverales auroras
Resucitarán las flores
Al cantar de las alondras.

¡Mas las ilusiones muertas
Como las plantas no brotan!
Dormid, ilusiones mías,
Cual la flor bajo las hojas,
Del corazón en el fondo,
Que el corazón os adora.

Noviembre 1865.

JUAN P. DE GUZMAN.

VENECIA.

Pocas palabras necesitaremos escribir para que sirvan de esplicación al magnífico panorama que acompaña. ¿Quién no conoce Venecia? ¿Quién no sabe la historia de esta poética ciudad, cantada por la lira de Byron, y descrita en inmortales páginas por Chateaubriand?

Venecia es uno de aquellos nombres mágicos que exaltan la imaginación con el recuerdo de sus glorias artísticas, de sus maravillosas fiestas, y de sus sombríos y misteriosos dramas.

Entre todas las ciudades del mundo, es una ciudad aparte, la más extraña, pero también la más bella [de todas. Es la única donde no se conoce el polvo, ni el estrépito de los carruajes. Teniendo sus cimientos en el mar, sus vías públicas son canales, y sus coches, elegantes góndolas.

El origen de Venecia no se pierde, como el de otros pueblos, en la antigüedad. Cuando Atila en 452 devastaba la Italia, los habitantes de los lugares vecinos

se refugiaron en las islas formadas por el Adriático. Sobre una de aquellas islas fundaron los Longobardos á Venecia en 568.

En el principio los venecianos se gobernaron por tribunales, pero en 697 eligieron un jefe único que llamaron *dogo* por corrupción del *dux* latino. Venecia fué desde entonces el emporio del comercio, y sus naves transportaron á Oriente los Cruzados, y dieron la ley á los musulmanes, conquistando riquezas y territorios inmensos. En 1173, á consecuencia de una sedición, el *dogo* dejó de ser inamovible y se creó un consejo de 480 miembros, que unido á él estaba investido del poder soberano.

Convertido despues este gobierno en república aristocrática, duró hasta que Venecia fué invadida por las huestes de Napoleon y agregada al Austria por el tratado de Campo-Formio. El 21 de marzo de 1848 se alzó heroicamente contra el yugo de sus opresores, pero estenuada por el hambre y diezmada por el cólera, tuvo que capitular el 22 de agosto de 1849. Hoy gime aun bajo sus cadenas, suspirando el momento de correr la suerte de las otras ciudades de Italia.

El que hoy visite á Venecia no la reconocerá sin duda: sus hijos más ilustres vagan en el destierro; de sus fiestas y sus cantares apenas queda la memoria: se acabaron los misterios de las góndolas: y las gentiles hijas de los pescadores del Castello y de Santa Croce, las descendientes de los modelos del Ticiano, esperan tristes y silenciosas, sentadas delante de sus puertas á la caída de la tarde, á sus hermanos ó á sus prometidos, que han de traerles con la libertad sus caricias y su anillo de esposas.

¡Quiera el cielo que no tengan que esperar mucho!

P.

MARINA.

RECUERDOS DE LA VIDA DE ARTISTA EN ROMA.

(Continuacion.)

Para sostener este absurdo es preciso estar ciego, ó no haber comparado jamás las miserias del cuerpo humano más hermoso con las líneas armoniosas é incomparables de la estatua. ¿Y por ventura, Rafael ha visto en alguna parte el original de sus madonas ó de su Galatea? No, jamás; él mismo lo dijo en esta carta que escribió, pintando la Farnesina, y en la cual expresa tan bien esa idea que él entrevió y que su mano no puede reproducir. Dentro de sí mismo, no fuera de él, es donde el artista debe encontrar la verdadera belleza, el tipo de las cosas creadas; por eso sin sentir una pasión vehemente, jamás podrá elevarse á bastante altura para abarcar ese reflejo de la perfección, que flota en las profundidades de su espíritu.

—*Sesquipedalia verba*. ¡Bonitas palabras! Yo, sin embargo, repito: ¡viva la naturaleza! replicó mi camarada. Todo vuestro ideal, delirio de una imaginación exaltada, no vale lo que un mango de escoba pintado por Gerardo Dow, ó un puerco revolcándose por el fango por Rembrandt.

Y así continuó hasta bien entrada la noche, en medio de las bocanadas de humo del cigarro, ese diálogo eterno comenzado en otro tiempo en los jardines de Academio entre Platon, el divino amante de las realidades invisibles, y Aristóteles, el penetrante observador de las realidades terrestres. El fuego con que nuestro amigo había defendido su opinión, nos había hecho adivinar su secreto, pero esto no bastaba para satisfacer nuestra curiosidad. Nosotros queríamos conocer la persona que había inspirado al joven pintor una pasión tan profunda. Nuestro amigo hacia entonces un cuadro sacado de la *Desposada de Corinto*, de Goethe, y nosotros supimos que con este motivo tendría ocupado su modelo. Él tenía su estudio situado mucho más allá de Santa Maria de Capuccini, en una calle aislada, desde cuyo punto se distinguían los magníficos cipreses de la villa Ludovisi. Nosotros, aun á pesar de herir en él un sentimiento de pudor íntimo muy natural en las circunstancias en que se encontraba, fuimos á sorprenderle una mañana en el momento que estaba pintando con más asiduidad. Nuestra inesperada visita le sorprendió desagradablemente. Se puso encarnado; una embarazosa contrariedad le tenía visiblemente irritado, pero su afabilidad característica venció su desagrado, y recobrándose de su sorpresa nos tendió la mano con la expansión que le era habitual. Nosotros nos hallábamos

en una situación tan violenta como la suya, pues hasta ni nos atrevíamos á mirar el modelo por temor de descubrir nuestra indiscreta curiosidad.

—Hemos ido á los Capuchinos, le dije, á ver el célebre *San Miguel* de Guido, y no hemos querido pasar tan cerca de vuestro estudio sin subir á visitarle.

Él adivinaba perfectamente el motivo que nos habia llevado á su casa; pero disimulando la contrariedad que experimentaba, se nos puso á hablar del cuadro que estaba acabando de pintar y que tenia colocado en el caballete. Voy á decir algunas palabras del modo como habia tratado el asunto, porque la vivísima impresion que en aquel entonces me produjo este lienzo, no se separa en mi espíritu de la impresion, aun mas fuerte todavía, que me dejó la mujer singular que habia inspirado esta obra. Todo el mundo conoce el magnífico poema de Goethe. La escena tiene lugar en la época en que el cristianismo comienza á penetrar en Grecia. Un jóven parte de Atenas con el objeto de visitar á su desposada, que reside en Corinto. A pesar de que la familia de esta se ha convertido á la fé, y él aun es pagano, cuando llega, ya cerrada la noche, á casa de su prometida, la madre de esta le recibe, pero con prevención. Al poco rato, rendido de fatiga, se duerme: mas de repente la puerta se abre y se le presenta una estraña aparicion; es una jóven hermosa, pálida y vestida con un largo velo blanco. Por ella misma sabe que es su desposada, y al mismo tiempo le manifiesta que no puede ser de él, porque su madre ha hecho un voto y la ha consagrado al Dios de los cristianos. Embriagado de amor, él se subleva contra ese voto cruel. «Ven, le dice, sé mia, la voluntad de nuestros parientes ha consagrado de antemano nuestra union. Mira, Baco y Ceres presidirán nuestra comida de boda, y tú, querida mia, guiarás al Amor en el séquito que te acompañe.—¡Ay de mí! responde ella, no me toques. Yo soy tan blanca como la nieve, pero soy mas fria que ella.—Él se esfuerza por volverle el calor estrechándola entre sus brazos, pero la sangre no palpita en el seno de la pálida desposada. Cuando su madre, confundida la sorprende en la habitacion del jóven ateniense, «¿por qué, le dice ella, me envidiais esta noche de dicha, á mí, que he bajado tan pronto á la tumba? Yo he sido prometida á este jóven, cuando el templo de Vénus brillaba aun en todo su esplendor; el canto de vuestros sacerdotes no ha podido apagar el fuego que ardía en mi corazón. Ahora que mi mano ha tocado la suya, ese animoso jóven debe morir porque yo he absorbido toda la sangre de sus venas. Reunidos al menos en la misma hoguera, y en tanto que las llamas devorarán nuestros cuerpos, nosotros iremos á reunirnos en el cortejo brillante de nuestros antiguos dioses.»

Esta obra, en que lo fantástico y lo real estaban combinados en un arte admirable, tenia escitado vivamente á Walther. Nosotros supimos más tarde que él habia encontrado alguna semejanza entre ciertos sentimientos familiares á su modelo y la idea que Goethe, el gran pagano, habia querido expresar en este poema, todo lleno de melancólicos recuerdos, por la antigua Grecia. El pintor habia elegido el momento en que el jóven presenta á su prometida la copa de vino, que ella coge con mano ávida. El artista habia obtenido por la oposicion de los efectos de luz, un contraste sorprendente. Mientras que la jóven con su sudario blanco aparecía bañada por la luz azulada de una noche de verano, cuya dulce claridad penetraba por la ventana abierta, el jóven ateniense estaba iluminado por los tibios reflejos que proyectaba sobre él la lámpara colocada en una mesa de tres piés. Ella, belleza diáfana, de forma ligera y vaporosa, mitad perdida entre los rayos argentados de la luna, parecia uno de esos graciosos fantasmas creados por la imaginacion mística de la Edad media: él, al contrario, parecido al Apolo Pythio, presentaba la imagen de la forma antigua con su serena apostura y su noble presencia. La ejecucion de este cuadro estaba ciertamente muy lejos de ser perfecta; pero el objeto estaba tan bien comprendido, y la idea tan bien desenvuelta, que no pude menos de expresar á nuestro amigo con vivas muestras de complacencia, la admiracion sincera que me inspiraba su obra, y aproveché á la par este momento para dirigir una mirada al modelo que tanto habíamos deseado ver. A la jóven romana, al parecer, no la inquietaba nuestra presencia; permanecía allí, delante de nosotros, inmóvil. envuelta en su vestidura blanca, formando largos pliegues, y con la cabeza coronada con una especie de coronas negras y de oro en señal de duelo. Era, sin

disputa, la desposada de Corinto, tal como los versos de Goethe la hacen adivinar.

—Caballero, presumo que hoy ya no trabajareis más, dijo ella á Walther. Se hace ya tarde; volveré mañana.

Y levantando un portier que separaba al taller de una habitacion contigua, desapareció.

Yo habia comprendido el encanto poderoso que ejercia en nuestro amigo. Ella era realmente bella, sin tener, no obstante, ese tinte mate, pero vivo, propio de las encarnaciones meridionales. Su piel era estremadamente blanca y aun quizá demasiado pálida. Esta particularidad era tal vez lo que le habia decidido á elegirla al jóven artista. Por lo demás, no fué la belleza de sus facciones lo que más me llamó la atención, sino la armonía de sus ademanes, de su actitud, de todas sus formas. Ella no habia mostrado ni las gracias provocadoras de la coquetería, ni las maneras cortadas de la timidez; habia salido lentamente con un desembarazo imperturbable. Parecía moverse como un cisne sobre las aguas, y recordaba la frase de Virgilio: *incessu patuit dea*.

Yo la volví á ver muchas veces despues, y siempre me admiraron el encanto y la gracia de sus movimientos. Sea que el estudio la hubiese hecho igualar al natural, sea que la vista habitual de las obras maestras del arte griego, que gozaba en contemplar, hubiesen obrado sobre ella sin que llegara á apercibirse de tal efecto, el hecho es que reproducia en cada uno de sus movimientos las líneas más puras de los mármoles antiguos.

Quando nos fuimos, Walther nos acompañó.

—He adivinado sin disgusto, nos dijo, el objeto de vuestra visita; habeis querido verla. Se os habrá hablado de mi estúpido amor. Se os habrá dicho que yo estaba loco.... ¡Oh, no lo negueis! Mis amigos me lo repiten con bastante frecuencia, porque entre artistas no se economiza la verdad, y mi secreto ha dejado de serlo ya para todo el mundo. Y sin embargo, á mí me cuesta siempre trabajo hablar de esto. Yo sé que amar, con un amor verdadero y celoso, sí, sabedlo, celoso, á un modelo que un capricho de algunos dias haria demasiado honor, es ridículo. Yo me lo digo á mí mismo, pero no puedo vencerme, estoy dominado por un atractivo más fuerte que mi voluntad. Por otra parte, ese modelo comprendo que es un sér escepcional, supuesto que el primer reciénvenido puede hacerlo colocar en su estudio por algunos escudos. ¡Ah! Si ella supiese dibujar seria un gran pintor, ó mejor dicho, un gran escultor, porque prefiere las estatuas á los cuadros. Tiene un gusto esquisito é infalible; en dos palabras: yo no conozco ningun crítico que la aventaje en apreciar como se debe el mérito de una obra del arte. A ella le gusta tambien oír hablar de los grandes hechos de los antiguos romanos y de la gloria de la Roma antigua, como si fuese la hija de los Scipiones. En cuanto á mí, yo la creo virtuosa. Esto, á los ojos de mis amigos, no lo dudo, es el colmo del absurdo y la prueba evidente de mi locura. Pues bien; yo, á pesar de todo esto, puedo afirmar por lo menos que su amor no es vulgar ni ordinario.

—Sí, dije yo, he oido hablar de ese francés....

—No, replicó vivamente; habia en Roma en la primavera última un inglés muy rico que la amaba tanto como yo la amo, pero de otra manera, como se suele amar á esa clase de mujeres. Él le hizo los ofrecimientos más seductores; ella los rehusó. Él le hizo traer las galas más deslumbrantes; ella se las devolvió con desden.

Walther vió mezclarse en nuestros gestos de admiracion un asomo de incredulidad.—Se os hace duro creer, ya lo veo, repuso, que un pobre modelo haya podido resistir á las seducciones de todos géneros, á las cuales han debido esponerle su belleza, su miserable oficio y su pobreza; y sin embargo, yo me lo esplico. Siempre que se le han dirigido ha sido á los sentimientos más groseros; se le ha ofrecido oro, alhajas; se le ha hablado á su vanidad, á sus sentidos, á los cuales se ha querido excitar y sorprender. Todo el que se le ha acercado lo ha hecho como se acostumbra con las mujeres que no conservan ni un resto de honradez; sin embargo, en el fondo de los obsequios, con los cuales querían embriagarla, ella jamás se ha tomado el trabajo de distinguir la bajeza que los inspiraba. ¿Cómo admirarse, pues, de que haya rechazado esos ultrajes ocultos en los presentes ó en las bellas palabras que se le dirigian? Ved lo que me dijo despues que desdeñó los ofrecimientos del inglés: —«Yo no le quiero. El gran valor de sus regalos es

una muestra de su cortesía; es la prueba de que me estima tanto como á un caballo de raza ó á un cuadro de mucho precio. En esto no ha hecho más que seguir la costumbre establecida; con ó sin la bendicion de la Iglesia, ¿no son los diamantes las monedas con que se compran á las mujeres? Pero un capullo de una rosa colocado en mis cabellos es mil veces más bello que todas esas flores de pedrerías, y no obstante, ese capullo no le ha costado á la naturaleza más que un rayo de sol, y á mí el trabajo de cojerlo. Todos los tesoros de la tierra no pueden añadir nada á la belleza. Poned á una estatua un anillo de rubíes en las orejas ó en la nariz, ¿la hareis más bella con esto?»

Estas frases estaban en el fondo de su pensamiento, pues ella ha procedido de la misma manera que hablaba....

—No lo niego, repliqué yo; no obstante.... Verdad es que la púdica ignorancia es un peligro que aquí no existe, y se concibe muy bien que un alma naturalmente noble y elevada por el sentimiento de lo bello esté por encima de ciertas seducciones. Vuestra romana además vé los hombres y las cosas de cerca, y no teniendo ilusion alguna, debe estar al abrigo de cualquier debilidad. Sin embargo, me es difícil comprender cómo esta jóven, salida del pueblo, educada por una familia pobre, y viviendo, como es de suponer, con gentes bastantes ordinarias, ha podido adquirir esos instintos nobles y esos sentimientos puros que vos habeis creído encontrar en ella.

(Se continuará.)

CANTARES.

Siempre pones en tu cuello
Gargantilla de coral:
¿Son, niña, esas cuentas rojas
Las lágrimas de mi afán?

El cáliz de la amargura
Siempre está junto á mi boca;
El dia que te recuerdo
Es un dia en que rebosa.

Verdes son las esperanzas
Como tu traje de fiesta;
Mas cuando en el alma mueren
Como tus ojos son negras.

Me gusta el cielo sombrío,
Me place rujiente el mar,
Muda y en sombras la tierra
Donde nada espero ya.

J. M. MARIN.

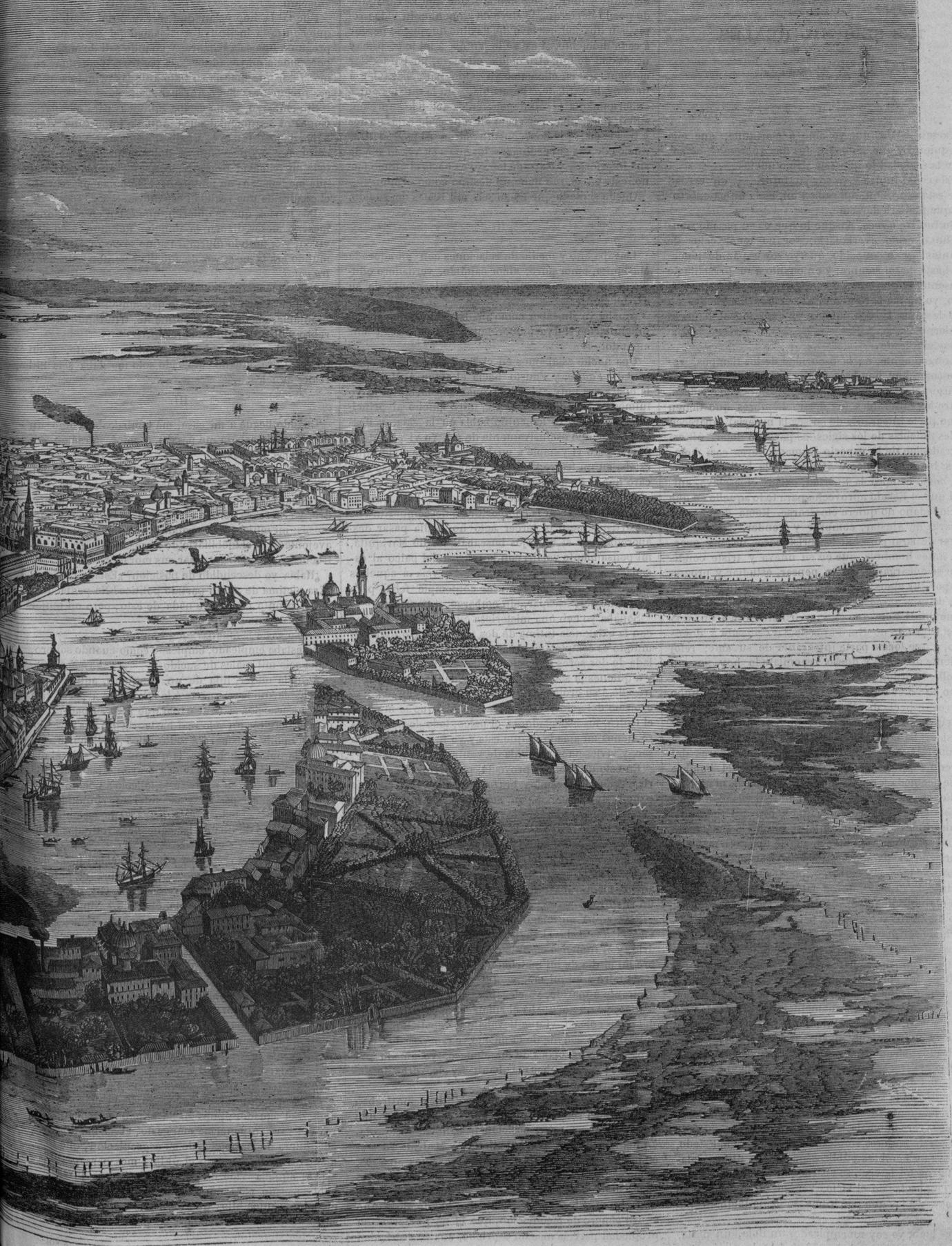
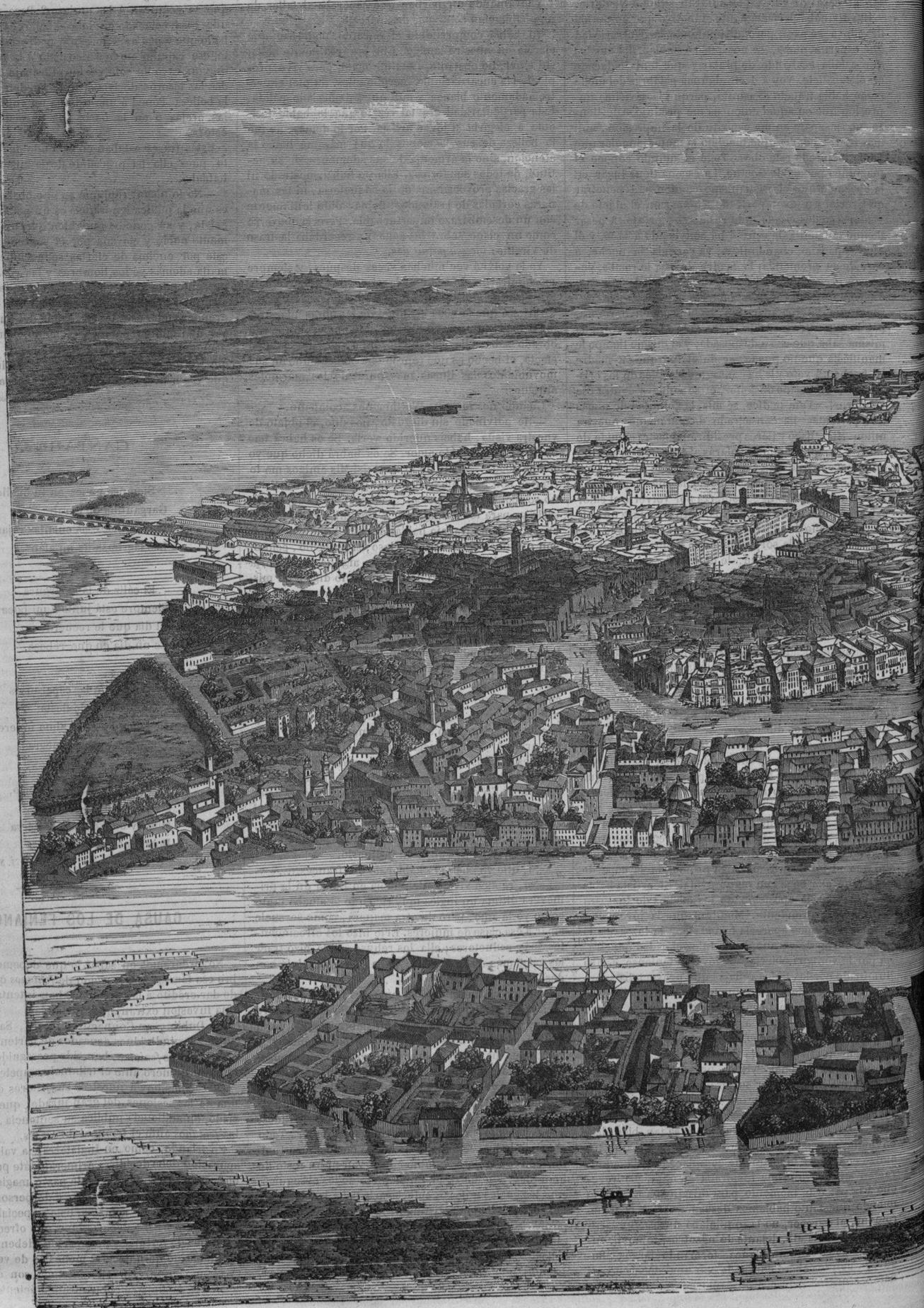
CAUSA DE LOS FENIANOS.

No tardaremos en saber lo que debemos pensar sobre esa famosa insurreccion de *fenianos* que, si hemos de dar crédito á la acusacion, han intentado provocar una invasion extranjera en Irlanda.

En Dublin, en Connaght, en Cork, Salfort y Drougheda, los individuos acusados de pertenecer á la sociedad de los *fenianos*, han sido perseguidos y llevados en gran número ante el tribunal competente.

Ofrecemos hoy á nuestros suscritores el aspecto de una de las sesiones del gran jurado, que ha pronunciado, en audiencia pública su sentencia, enviando á los *fenianos* ante el tribunal de Asises.

En Irlanda, como en Inglaterra, la validez de toda acusacion debe decidirse primeramente por una asamblea compuesta de jueces de paz ó magistrados (*justices of the peace, magistrates*), y de personas designadas por el Sherif, sobre la lista especial del jurado (*special jury list*). Estas personas que ofrecen todas las garantías de fortuna y de posicion, deben ser en cada jurado en número doce al menos, ó de veintitres que es el máximum. Por su sentencia son enviados los acusados, cuando se encuentran suficientes motivos y



GENOVA.

pruebas del delito que se persigue, ante el tribunal correccional ó criminal.

De esta suerte y con tantas precauciones exigidas por la ley, es difícil que no se llegue, en toda clase de delitos, al esclarecimiento de la verdad.

MIS SEIS MIL REALES.

Por F. de Zulueta.

I.

Ya saben Vds. que yo amo á Mariquita, que ella me quiere, y que, como los dos nos queremos, somos ante la sociedad lo que esta llama novios.

Ella es mi futura y yo soy su futuro, y en verdad que esta espresion, aplicada á mí, es la única oportuna que pudiera dárseme.

Su futuro, eso es, porque lo que es su pasado nunca he querido averiguarlo, por no tener celos de cuantos la han conocido, que yo soy capaz de tenerlos hasta de mi sombra; y en cuanto á su presente de presente, al presente yo *no soy yo*, como diria un filósofo, yo no me pertenezco, soy una de las ruedas en que descansa la cosa pública, el ente moral llamado gobierno.

Soy empleado.

Antiguamente, en la oscuridad de los tiempos, vemos como hoy hombres felices é infelices, poderosos y miserables, gente que manda y gente que obedece. Entre los miserables (es decir, hombres que tienen como parte integrante de su sér la miseria), aparecen en las tinieblas de los siglos los parias ó ilotas, última degradacion de la especie humana, seres casi hombres; luego en la alegre Atenas, en la bulliciosa Grecia, como campea la libertad, existe el esclavo, animal que el Estado aprovecha para todo aquello en que el ciudadano no quiere emplearse. Roma despues se encarga de ajustar, comprar y vender, transmitir y llevar de aquí para allí los prisioneros de sus guerras, antes hombres, que en su nueva y triste condicion se encargan de crear, pensar, estudiar y progresar por sus amos, y hay alguno de estos que ocupa á uno de esos *ex-hombres* en que le venga á decir en pleno día la hora que es, convirtiéndose así en una especie de sereno diurno particular aplicado á domicilio, y que forma parte integrante de su amo; reloj viviente de carne y hueso, reemplazado hoy por un muelle ó cordón que, á voluntad de su amo, contesta como aquel cuando se le pregunta. Más tarde hubo siervos, especie de alimento de la tierra, encargados del cultivo de esta; máquina humana agrícola, que consideraba tan indiferentemente como el árbol y la bellota la sucesion de dueños ó conquistadores del terreno á que pertenecía. Modernamente el hombre no se acomoda á ser ilota, ni esclavo social, ni esclavo particular, ni siervo; pero el hombre debia continuar explotando al hombre, tenia que haber aun poderosos y miserables, y se inventó el género del soldado, autómatas humanos á quien la suerte obliga á matar y dejarse matar para la felicidad de sus semejantes.

Los soldados, sin embargo, pueden quejarse de su destino, de su hado, de su fatalidad, que les obliga, durante unos cuantos años, á vivir para los demás; pero hay otros seres que, á pesar de no tener la desgracia de ser marcados por el dedo del acaso para tan triste empleo, su misma fortuna los hace más desgraciados, desgraciados para toda su vida. Los hombres públicos, los empleados.

Pendientes del ente moral, del cabeza de la situacion, del autócrata gubernamental, los empleados no saben si vivirán el día de mañana; no saben si viven siquiera el día en que viven. Añadid á esto que el empleado disfrute un corto sueldo, y tenga que llevar un decente traje, y me direis si su situacion es mejor que la del último sér á quien trate, si no es el verdadero paria de la sociedad moderna.

Antiguamente hubo esclavas tambien: su condicion era triste, era anómala, era digna de compasion; hoy no tendreis mujeres empleadas al servicio del Estado, pero sí hay hombres públicos que son la última palabra del credo; la vista se aparta con horror de las mujeres empleadas en el vicio, verdadera abyeccion de su clase, y á las que por ironía se llama tambien públicas.

Pues bien; yo soy un empleado, un ilota, un paria, un esclavo, un siervo de la sociedad moderna, á quien

da el Estado por su cadena el negro pan que figura en su nómina, esto es, *seis mil reales*.

Si el amor, con sus flamígeras alas y sus rosados sueños, no me hubiese elevado á más espaciosos horizontes, á regiones más puras é ideales, héme aquí marchito y miserable como la alfalfa que va rastreando por la tierra que le sirve de alimento; sin vida propia, sin libertad, esclavo del destino que puedo perder á cada momento, si así se le antoja á mi jefe, ó hay necesidad de que otro ocupe mi plaza, no para estar eternamente en ella como yo, sino para ascender á puestos de verdadera gerarquía, y en la que los entes gubernamentales son dependientes del jefe supremo, sultan inapelable; pero ocupan rangos de bajás de dos y tres colas, que los constituyen en pequeños tiranuelos de sus subordinados, los que á su vez lo son de sus inferiores, y estos de los suyos hasta el último mono, esto es, el que tiene un destino como el mio.

Quede sentado que tengo seis mil reales de sueldo.

II.

Llevaba año y medio de relaciones con mi adorada Mariquita, amor puro, amor cándido, verdadero flujo de mi alma, que participaba místicamente de su existencia.

Amaba yo sin saber cómo amaba; nunca me ocurrió preguntarme si aquel amor tendria fin. ¡Era tan feliz amando!

Una noche estábamos en el Teatro Real: se representaba *Fausto*, y Fausto hacia el amor á Margarita la ópera era muy aplaudida, mas ni Mariquita ni yo fuimos de los entusiastas. Ella miró mucho al principio á cuanto sexo femenino habia en la sala, y despues se ocupó exclusivamente de mí. Yo vi algo de la ópera; pero vi y hablé á mi bella, y se me olvidó que estaba en un teatro: yo creia estar en un paraíso más caro que el de á peseta la entrada.

Yo no estaba para hacer reflexiones sobre la moralidad del libreto, ni la compostura ó descompostura de los artistas; pero el tercer acto no podia pasar desapercibido, y si mis ojos buscaban los de Mariquita, mi pensamiento volaba con la música del palco al escenario y del escenario al palco. Yo veia á aquellos amantes, y me miré á mí; me contemplé feliz, pero mi pecho dejó escapar, sin embargo, un suspiro.

Soñaba yo con una misteriosa cita de amor; soñaba con la existencia íntima de dos amantes, á quienes el mundo es completamente indiferente, con la vida aislada de dos seres que solo existen el uno para el otro, y á quienes la sociedad parece olvidar, dejándoles entregado á su erótico sentimiento; soñaba con todo el egoismo del amor, y hubiera querido que la música, el teatro, los espectadores, el palco, todo desapareciese ménos mi amada, y que esta y yo fuésemos un solo sér, y viviésemos una vida de ventura y felicidad.

En esto una señora proveceta, pintorroteada, de nariz granosa, huesudos brazos descotados y enorme peluca, que se hallaba en *nuestro palco*, exclamó con acento avinagrado:

—Ya podian casarse de una vez ese par de novios gordos, que estoy contemplando amándose hace tres años.

—¡Casarse! murmuré yo con terror, y vi que mi amada me miraba á hurtadillas, y como si contuviese un suspiro.

¡Casarse! Y mi imaginacion voló á la parroquia, á la vicaría, á la boda, al indispensable viaje fuera de Madrid, y al inmenso cúmulo de gastos que lloverian sobre mí el día de mi matrimonio.

Me miré á mí mismo, vi que era yo, yo novio, yo aspirante á marido, yo elegante pollo de frac y guante blanco, yo que ocupaba el sillón de un palco principal del régio coliseo, vi que llevaba una repeticion de oro sujeta á una cadena de lo mismo, cuyo pasador cruzaba uno de los ojales de mi chaleco; yo amado por una de las muchachas más bonitas y elegantes de Madrid, y creí que soñaba.

Mi tren, mi empaque, mi aire, en fin, demostraban que yo debia ser, si no un ricachón, por lo ménos una persona que vivia en posicion bastante desahogada. Yo me trataba con toda la polleria de Madrid. Yo frecuentaba todos los teatros, círculos, casinos, paseos, espectáculos, reuniones, bailes, tertulias y cafés. Unas veces se me veia á caballo, otras en coche, y aunque ni coche ni caballo tenia, estaba tan habituado á uno y otro género de locomoción, que el no poseerlos en propiedad parecia más un capricho, una escentricidad mia, que la falta de medios para ello.

De aquí que la palabra *casarse* me hizo el efecto de un rayo; yo vacilé en mi sillón, yo perdí la cabeza, y sumido en una preocupación que me atormentaba, me pudo mi bella contemplar, agobiada mi frente por las nubes de tristeza que se amontonaron á mi imaginacion.

Fué tal la impresion que le causó mi semblante, que contra la instintiva curiosidad del sexo, no me preguntó una sola palabra; y cuando salí de mi estupor, pude á mi vez observarla pesarosa y abatida, como la flor que inclina su tallo ante las primeras ráfagas precursores de un huracán.

Sin embargo, yo no estaba entonces para comparaciones ni sentimentalismos. Aquella importuna vieja habia dado al traste con todo el erotismo de mi amor, con todas mis desventuras dulcemente pasadas, con toda mi felicidad presente, con el risueño porvenir que me halagaba en lontananza. Me habia presentado el cuadro de una realidad espantosa.

Dos novios que se quieren, que están en relaciones meses y meses, llaman la atencion del mundo en que viven, y el mundo murmura si no se casan. La voz del mundo era la agria voz de aquella setentona de *nuestro palco*.

Ya no me ocupé de la ópera, de la reunion, del palco, de mi novia, de nada. Un pensamiento fijo, inquebrantable, me oprimia tenazmente, triturando mi cerebro y destrozando mi corazón.

El fin de mi amor debia ser mi casamiento, y mi posicion presente de empleado solo me daba seis mil reales anuales.

III.

Cuando llegué á mi casa, me tambaleaba como un borracho, la cabeza me pesaba, y mi respiracion era por demás fatigosa.

Me dormí; soñé que vivia en un cuarto 4.º semi-buhardilla, con mi mujer y tres chicos: uno de ellos correteaba en camisa; á otro lo tenia en brazos su madre, y el tercero lloraba en la cuna. Mis hijos eran hermosos; mi mujer estaba pálida y desmejorada; yo algo avejentado, y el mobiliario de la casa indicaba las estrecheces que debian pasar sus moradores.

¿Habia yo descendido de posicion? ¿Estaba cesante? ¿Era víctima de algun partido político? No podia darme al pronto cuenta de nada de esto, pero mi mujer vino á sacarme de dudas.

—¿No vas á la oficina? me preguntó.

Yo estaba empleado, empleado como cuando soltero, tenia seis mil reales de sueldo.

Aquella mujer, hija de un banquero, aquel ángel que habia unido su suerte á la mia, vino á parar casi á la miseria por la bancarrota que hizo su padre. Sin querer percibir un solo real hasta pagar á sus acreedores, no pudo satisfacer á todos estos, y dicho se está que á la pobre muchacha, la quedaron tan solo el día y la noche. Admitió mi mano y creyó en las promesas de los amigos de su padre (éste falleció á poco), que la ofrecieron *mirar por mí* y ascenderme; sin duda debieron quedarse todos ciegos, pues yo no ascendí sino al cuarto piso de una de las calles más retiradas de la córte.

¡Ah! mi pecho respiraba con satisfaccion todos los días, al ver que no se me colocaba sobre el pupitre ofinesco ningun «S. M. la reina (Q. D. G.), ha tenido á bien declarar á Vd. cesante, etc., etc.» Ningun traslado me trasladaba á la calle, yo era el molusco adherido á la roca del presupuesto con seis patas de á cien escudos.

Pero en cambio, ¡qué de amarguras, qué de privaciones, qué de esperanzas defraudadas, qué de humillaciones! Condiscípulo mio hubo, que ascendido á ministro me nombró su secretario particular, y me obligaba á limpiarle las botas y cepillar su gaban, y á pesar de mis buenos servicios y de decirme siempre *que me tenia presente*, se salió despues del ministerio sin acordarse de nuestro *pasado* ni mirar mi *porvenir*.

Todos me llegaron á faltar. No tenia más que un amigo: el aguador; pues hasta el panadero, carnicero, etc., solian ponerme mal gesto, al darme á *cuenta* cualquiera de los objetos de su especulacion, que demandábamos esperando el último mes para pagarlo.

¡Ah! aquella vida de pollo, aquella loca juventud habia pasado para mí; solo me quedaba una esposa modelo, y unos hijos que eran mis delicias, pero yo sufría lo indecible viendo á su pobre madre en tan reducida situacion.

De pronto me desperté. Yo vivia en mi casa de sol-

ero, era aun joven, y me encontraba solo en mi lecho ordinario.

—¡Fué un sueño! exclamé; ha sido un sueño mi vida de casado.

Y volví á dormirme.

Pero á la mañana siguiente, mil reflexiones vinieron en tropel á mi imaginación.

—¡Me veo comprometido á casarme, y tengo un sueldo tan mezquino! Es verdad que me visto con alguna decencia, pero esto es producto de tal ó cual artículo, que regalo *por cuanto vos contribuisteis* á algun periódico ilustrado. Mis conocidos, además, me han hecho algunos regalos.

Ando á caballo, pero es en alguno de mis amigos que no sabe ó no quiere servirse de él. De niño aprendí á montar en el pueblo, y puedo hacer un excelente picador, según lo que adelanté con los años.

Voy en carruaje, me trato con lo más selecto de Madrid, pero esto es efecto de que mi carácter franco y sencillo cautivó á mis compañeros de estudios, que me declararon hace tiempo su inseparable, y estos compañeros, la mayor parte, se hallan en excelente posición.

El gasto de mi casa es reducido, pero nadie visita mi humilde palomar, ni me acompañan nunca á comer.

Si alguna vez me entro sin billete en los teatros, no falta empresa amiga que me dé un asiento desocupado, ó compañeros de glorias y fatigas en la prensa, que me ofrezcan su butaca, ó palco de gente que dé reuniones donde yo lea versos, y que me reciban con palmas.

Me visto bien: este es un artículo que va apuntado en los libros de mi sastre, mi sombrerero y zapatero, y que temo más que á una nube de verano, ó una plaga moderna que es peor que las doce plagas de Egipto, porque es la plaga de un siglo de adelantos, una plaga civilizada.

Hé ahí el misterio de mi vida. Hé ahí lo que acaso contribuya á la atención con que me recibe la familia de mi novia. Si se sabe que soy un pobre pelagatos, sin más porvenir que mi presente, ni más presente que mi pasado, ni más pasado, que seis mil reales de sueldo, tronará conmigo de hijo.

¡Qué va á ser de mí!

IV.

El mejor día me da una embestida la mamá de la niña, preguntándome:—¿con qué cuenta Vd?

Yo, á la verdad, no cuento con nada, aunque mi vida parece un cuento; ¡y qué la he de contar!

No he de ir á decirla como el otro.—Yo *salgo* por cinco duros todos los días, —y luego *salir* con el registro de que nunca *entro* con ellos. Ni he de contestarla:—Señora, mi posición es excelente, desahogada, —re pantigándome en una butaca. O—señora, yo ocupo uno de los más elevados puestos de la corte, —aludiendo á mi alta habitación. O—entro en palacio, —por más que solo tenga entrada en el edificio, y hasta el patio únicamente. O bien ahuecando la voz:—Yo poseo un *título*, aludiendo al de abogado, que adquirí á trompicones.—Señora, yo soy empleado, pues un hombre que tiene el sueldo que yo tengo, no tiene empleo, el empleo es el que tiene el honor de tenerle á él. Como no la diga:—Yo suelo ir todos los días á ver al ministro de...—y para hacer verdad el caso tome diariamente el camino del despacho de S. E., y me vuelva con las despachaderas de los porteros. Decirla que soy periodista, es confesarme hambriento; si la digo que escribo una obra, de la que espero pingües productos, me toma por un escribiente; si la hablo de mis *Apuntes sobre las costumbres sociales*, creará que soy apuntador, y exclamará, «¡buen apunte está Vd.!»

Haciendo esta serie de reflexiones, me vestí maquinalmente, acabando con mi soliloquio, cuando salía de casa, de esta manera:

—¡Ah! cuando vivía mi tío el diputado de las Constituyentes, aquello era otro cantar: yo pollito imberbe, andaba de aquí para allí, tenía cuanto quería y gastaba y triunfaba, pero el buen señor se murió hace quince meses, dejándome... el honor de haber sido su sobrino, y el pesar de encontrarme nombrado heredero universal de un cúmulo de deudas y créditos incobrables.

Llegué por fin á la oficina, y mis compañeros me creyeron enfermo, por lo abatido de mi semblante; cogí la pluma, y en vez de letras, comencé á escribir guarismos y más guarismos. Más ya podía yo echar

con ellos todos los cálculos posibles, ya podía yo remontarme al cálculo infinitesimal, ni al cabo de un tiempo infinito esperaba yo tener más que los seis mil del pico.

Estaba yo tan cabiloso sobre mi desdichado asunto, que pasó un jefe de la oficina, y me preguntó:—¿Usted sabe cuanto hay de Alcalá de Guadaíra á Sevilla?

—Seis mil reales, contesté.

El jefe se marchó sonriéndose y murmurando:

—¡Siempre de buen humor! no tiene pizca de formalidad este muchacho.

Recuerdo que aquel sábio Licurgo estableció en Lacedemonia la ley que proscribía el celibato. El hombre que allí no se casaba antes de los treinta y cinco años, era declarado loco.

Yo le diría hoy á Licurgo.

—Venga Vd. acá, buen hombre, á ver si hay persona decente que pueda casarse teniendo por junto seis mil reales de sueldo.

Y no me venga ningún satírico con que el nombre del pueblo aquel debe derivarse de la infelicidad de sus habitantes, por la ley que les hacía contraer conyugales lazos, no; Lacedemonia no puede venir de Lazos-del-demonio, sino que debe haberse dulcificado la segunda *m* y convertido en *n*, que antes en vista de la tranquilidad y ventura del país la llamarían Lazode-momio.

De la oficina me fuí á mi casa, me peiné, me vestí, me arreglé, compuse y acicalé, y de venticinco alfileres abandoné mi tocador, volviendo á salir con aire semitriunfante; sin embargo, al entrar en casa de mi adorada parecía ya un ministro caído.

Ella me esperaba. Al verla tan hermosa, tan interesante, tan seductora, mi corazón quedó como el alma de Garibay entre la esperanza de su amor y el temor de su repulsa. Aquella maldita cifra de mi nómina se interponía entre ella y yo, como un espectro que me brindaba el amargo manjar de la calabaza.

Su saludo fué el de todos los días, sus palabras como siempre, afectuosas, pero sus miradas hablaban otro lenguaje. Quise adivinar, mal dicho, quise no adivinar lo que me decían; pero siempre que sus ojos se encontraban con los míos, yo tenía que retroceder ante su significativa expresión. ¡Ah! su mirada me decía:—¿Cuándo nos casamos?

Y al contemplar la suave alfombra que pisaba, la mullida butaca en que estaba sentado, las enormes lunas de los espejos, los cortinajes de damasco, los maqueados muebles, las caprichosas arañas, los candelabros de bronce, relojes y objetos de adorno sobre los mármoles de las moldeadas consolas, volví á aparecérseme más terrible, más amenazador, mi fantasma numérico.

Yo me creí Edipo arrojado del templo de Delfos, por la terrorífica voz del oráculo.

Mi conversación, mi entrevista con ella, con mi pitonisa, fué embarazosa, yo quería sonreírme y ella adivinaba las lágrimas que velaba mi sonrisa.

Suspica como todas las mujeres, aunque segura de mi amor, el asombro reemplazó en sus semblante á la interrogatoria expresión que yo había creído leer en aquellas perfectas facciones.

V.

Sucede al hombre con frecuencia que á la aproximación de un peligro experimenta una sensación tan desagradable como involuntaria, sensación que nunca confiesa tenerla, sensación que vulgarmente llamamos miedo.

El militar más aguerrido, el quinto más entusiasta, el piloto más avezado á las fatigas del mar; al oír las primeras balas de una acción, al observar la nube que amenaza una tempestad deshecha, empuñan con trémula mano la espada ó la caña del timón.

Esto me pasó á mi exactamente en presencia de mi novia.

Pero mirad al militar en lo recio del combate, al piloto en la furia del vendaval; decid á uno y otro que no les queda otra esperanza que su valor, su arrojo y su serenidad, y vereis cómo recobran la calma, la impasibilidad en aquel juego en que les va la cabeza.

Pues esto también me iba pasando á mí.

Al ver que mi amor, aquel amor que era mi ilusión, mi existencia, mi vida, iba á desaparecer de la escena social; al ver que tenía que renunciar al sentimiento más noble y caballeresco que han registrado los eróticos anales de Cupido, recobré mi sangre fría, dispuesto á arrostrar con ánimo sereno tamaño peligro.

(Se concluirá.)

VERNON.

¿Quién no ha fijado su atención, yendo de París á Ruan, en ese pintoresco pueblo que se eleva en las orillas del Sena que se llama Vernon, y que atrae particularmente las miradas del viajero por su iglesia gótica, su ancha torre y su nuevo puente?

Fundado en el siglo xi, Vernon no se componía en un principio más que de un viejo castillo fortificado, que se llamaba *Vermoniun Castrum*, y algunas pobres casas. Este castillo, colocado como centinela avanzado sobre el límite extremo de la Normandía, miraba orgullosamente á la Francia como en son de reto. No hace aun mucho tiempo que existía la costumbre de decir al atravesar el pequeño riachuelo que separa los departamentos del Eure y del Sena: «*Vamos á Francia, ó vamos á Normandía,*» según del punto que venía ó iba el viajero.

Vernon ha sufrido igualmente todos los desastres de las guerras de la Edad media. Perteneció, sucesivamente, á los reyes de Inglaterra, al conde de Anjou, á Luis VIII, al duque de Normandía, á Luis, hijo de Felipe Augusto. Bajo la dominación de Felipe de Valois, los ingleses le arruinaron casi completamente.

Hoy ha llegado á ser cabeza de partido del departamento del Eure. Vernon ha prosperado mucho, y en el día encierra una población de 7.500 habitantes.

El puente de piedra que reúne las dos partes en que se divide el pueblo, no data su construcción más que de cuatro años, y fué bendecido solemnemente el 19 de mayo de 1864.

AVISO.

Esperamos que nuestros favorecedores nos habrán dispensado la irregularidad que en la aparición de nuestro Semanario se viene observando desde hace algunos días; también estamos seguros de que han comprendido los esfuerzos que hemos hecho para complacerles, y las dificultades que hemos tenido que vencer para llevar á cabo nuestra publicación, única en España por la índole, naturaleza é importancia de la misma, y por su baratura.

Estando para empezar el año, podemos garantizar que en lo sucesivo nuestro Semanario se publicará con puntualidad, y regalaremos á todos nuestros suscritores la magnífica y lujosa cubierta. Las personas que se suscriban por un año, y deseen adquirir la colección de 1865, podrán efectuarlo, durante el mes de enero, por el ínfimo precio de 16 rs., la cual irá bajo su cubierta formando un magnífico volumen; advirtiéndole que pasado este tiempo no podrán gozar de este beneficio.

Los nuevos suscritores recibirán la colección de 1865 desde el 10 de enero en adelante, y para que no sufran retraso (vistos los muchos pedidos que se nos hacen), pueden cuanto antes hacer su suscripción, mandándonos el importe en sellos ó libranzas.

PRECIOS.

MADRID.....—Suscripción y colección. 40 rs.
PROVINCIAS.— Idem. Idem. 44 »

Propietario y editor responsable, PEDRO AUGUSTO LAMARTINIÈRE.

MADRID: 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 42, principal.



EL TRIBUNAL DE LOS FINANOS DE IRLANDA.